

Año 1968

Francia, manifestaciones en París, Estados Unidos, protestas contra la guerra de Vietnam, movimiento por los derechos civiles, primavera de Praga, matanza en México, en España, manifestaciones universitarias de oposición al franquismo.

Mientras tanto en un pueblo de Andalucía y ajeno a todo, un niño duerme plácidamente, cree que es el centro del universo.

VERANO DEL 68

Escena 1

Dormitorio, suelo de cemento, mobiliario humilde, en el centro de la cama duerme un niño, sentada en el borde la madre, camisón y trenza que cae sobre un hombro, besa al niño.

Juana: Despierta hijo, ahora hace seis años que pase unos dolores muy grandes para traerte al mundo.

Antonio: Mama es temprano y estoy de vacaciones.

Juana: Venga arriba, mas gandul que un trillo.

Antonio se incorpora lentamente, se frota los ojos.

Antonio: ¿Y la nena donde esta?

Juana: Tú hermana trabajando, en los tomates.

Escena 2

Juana peina a Antonio, el se muestra arisco, no le hace gracia, el pelo rizado y un caracolillo sobre su frente, no para de quejarse.

Juana: Ahora te vas a casa de la abuela, veras como te da algo por tu cumpleaños.

Antonio: No quiero ir, esta sorda, la gente entra y sale de su casa, no se entera de nada.

Juana: Ve y podrás ver las golondrinas en la planta de arriba.

Antonio asiente con la cabeza, le gusta la idea.

Escena 3

Antonio corre cuesta arriba por la calle que lleva a la iglesia, se para bruscamente, la puerta como siempre, abierta, entra en la vivienda por un pasillo con acceso lateral al

dormitorio, al final del pasillo la cocina, al fondo de esta, la escalera que lleva a la planta de arriba.

Su abuela de espalda y enlutada de los pies a la cabeza, se ayuda con un bastón.

Antonio: ¿Abuela que haces?

La abuela se gira y con cara de sorpresa.

Abuela: Buenos días mi capitán, asando pimientos, voy a hacer caldo de pescado, ¿te quieres quedar a comer?

La cara de Antonio es de asombro y negación, la abuela lo capta, introduce la mano en su seno y saca un pañuelo hecho un hatillo, con toda la parsimonia del mundo lo desata, por entonces Antonio tiene los ojos como platos, cierra el pañuelo y lo introduce en su seno, agachada a la altura del niño, abre la mano y aparece una moneda de cinco duros.

Abuela: ¿Qué te creías, que se me había olvidado?, hoy cumple seis años mi capitán.

Antonio coge la moneda, la abuela en un gesto de rapidez no acorde con su edad, le da un beso en la cara.

El niño con cara de asombro y asco, me lo ha vuelto a hacer, coge un pico del mandil de la abuela y se limpia la cara.

Se gira y con paso decidido se encamina hacia la escalera, empieza a subir los peldaños.

Abuela: ¿Dónde vas capitán?

Antonio no oye, ha subido, la escalera desembarca en una estancia que al fondo tiene una ventana que da a la calle, permanentemente abierta, por esta entran y salen las aves.

Camina despacio sorteando las cacas de los pájaros, mira hacia arriba con cara de felicidad observa los nidos, el ir y venir de las aves junto con el sonido de los polluelos solicitando la comida, esta extasiado.

Pasa un buen rato, el rostro de Antonio es pura felicidad, un sonido poco perceptible le hace volver a la realidad, proviene del dormitorio ubicado en la planta alta, hace muchos años que la abuela no sube la escalera, anda lentamente, siente miedo, se aproxima a la puerta, la habitación en penumbra, el niño espera a que sus ojos se adapten a la oscuridad, distingue dos sombras echadas en la cama, muy cercano sobre el corcón, un tricornio, al niño le hace gracia aquel gorro estúpido, más propio de un arlequín que de la autoridad competente, ellos con su gorro acharolado, acompañando al santo de turno en Semana Santa o en las fiestas del patrón, Antonio estaba sorprendido como subía y bajaba, el ritmo de quejidos y jadeos iba creciendo, en un curioso compas y armonía con el tricornio.

Antonio esboza una sonrisa, que casualidad, a más jadeos, mas subía y bajaba el tricornio.

El grito contenido de una mujer, proveniente de una de las sombras hizo que el niño volviese a la realidad, ya no le hacía gracia.

Bajo la escalera corriendo y se planto delante de su abuela, seguía enfrascada con los pimientos.

Antonio: Abuela, abuela (gritaba).

Antonio a la vez que llamaba a su abuela se movía y agitaba como el que tiene muchas ganas de orinar, el tiempo se le hacía interminable.

La abuela se gira lentamente, sobre su frente y a través del pañuelo se escapan unos mechones de cabello blanco, se agacha apoyando ambas manos sobre el bastón.

El niño con tono bajo, y ya quieto.

Antonio: Abuela el teniente le está haciendo daño a.....

La abuela tapa la boca al nieto, arquea una de las cejas, hace un gesto como de encoger los hombros y....

Abuela: No mi capitán, no le está haciendo daño.

Antonio ha cruzado las piernas, mira al suelo, mira a la abuela.

Abuela: Están jugando.

Antonio mueve la cabeza para un lado, para el otro, no termina de asimilarlo, sale a la calle, anda cabizbajo, su andar es lento, en la fonda que hace esquina hay una hornacina, y en esta un santo, alza la cabeza y lo observa, el tintineo de las velas y mariposas lo distraen, por muy poco tiempo.

Subiendo la cuesta en dirección a la iglesia se aproxima el cura, Antonio espera y le da un beso en la mano, este, con un signo de aprobación sigue su camino.

Antonio saca del bolsillo la moneda de cinco duros y se introduce en la tienda que esta frente a la fonda, en el mostrador de madera, roído y vetusto por el paso del tiempo se agolpan peroles de todas clases, estropajos de esparto, jabones, etc.

El tendero haciendo cucuruchos con papel de estraza, de espalda al mostrador.

Antonio: Mateo, quiero una trampa para pájaros.

El tendero ni se inmuta, sordo como una tapia.

Antonio: Mateo, Mateo..... (Se desgañitaba mientras golpeaba el mostrador con la moneda.)

Después de varios intentos se dio por rendido, la moneda permanecía intacta.

Escena 4:

Antonio entra en casa, pasa a la cocina, Juana sentada y con un cuchillo en la mano, pela patatas.

Antonio: Mama, ¿Qué vamos a comer?

Juana: ¿No ves? pelando papas, para el caldo.....de pescado.

La cara de Antonio no da margen para dudas, su rostro se amarga y los ojos como el que quiere empezar a llorar.

Juana: ¿Qué he hecho para que Dios me mande este castigo? Por San Antonio Bendito y todos los santos, ¿Qué hago para que este niño coma?

Juana se frena en su retahíla, para de pelar las patatas y deja el cuchillo sobre el mandil, en su regazo. Con gesto de preocupación se lleva una mano a la comisura de los labios.

Juana: A ti te ha mirado mal.....alguien.

Juana dulcifica el rostro, lo mira de la cabeza a los pies, tratando de buscar lo que no se ve, aparta el cuchillo y las patatas, abre los brazos, Antonio abraza a su madre, se funden durante un buen rato.

Juana ve los lagrimones de Antonio, saca un pañuelo del mandil, seca sus ojos con fuertes impulsos.

Juana: Te tengo mal acostumbrado.....anda, acércate a ver qué están haciendo las vecinas de comer, si hay alguna comida que te gusta, te quedas.

Antonio sonrío, la madre sonrío, Juana se sorprende la facilidad pasmosa como pasa del llanto a la risa, el niño apenas ha andado tres pasos, se vuelve, hurga en unos de sus bolsillos y saca la moneda de cinco duros, se la ofrece a su madre, esta la coge con alegría y Antonio con el deber cumplido.

Escena 5

Antonio sale, comienza su diáspora en busca de comida que se amolde a su gusto, mira hacia el sol achinando los ojos, se le hace tarde.

En un extremo de la calle y haciendo esquina, la casa de Ana, su joven vecina, casada y sin hijos, adora a Antonio, él lo sabe y se aprovecha.

Con acceso directo al salón y continuidad a la cocina, Antonio se encuentra a Ana partiendo pan, el olor que desprende el guiso que hay en el perol no le hace gracia.

Sin mediar palabra, Ana levanta la tapa, sorpresa, caldo de pescado, Antonio pícaro como el solo decide jugar sus bazas, abraza una pierna de Ana, esta le besa, el niño esta vez no se limpia la cara.

Sienta a Antonio en una silla, abre un cajón de la mesa, hay cubiertos y una servilleta a cuadros verde y blanca, la pone sobre la mesa y hay dos onzas de chocolate, parte una y se la ofrece a Antonio, que se la come con un pico de la barra de pan, las piernas de Antonio que no llegan al suelo bailan de alegría.

Ana: Me tienes robado el corazón y te aprovechas, ni se te ocurra decirle nada a tu madre, me va a decir que te tengo mal criado, que te aguanto todas tus travesuras, cuando dices picardías te río la gracia.

Antonio degusta el chocolate y se relame, es feliz en casa de Ana, ha terminado y de un saltito se pone en pie.

Ana: Espera un momento, no corras tanto.....

Ana coge la servilleta y moja un poco en agua, limpia con esta los labios de Antonio que tienen restos de chocolate, los dos se abrazan y cuando el niño apenas lleva andados unos pasos se gira y ríe, Ana levanta la mano derecha y la agita como el que va a dar una azotaina.

Antonio se dirige a casa de otra vecina, familia de pescadores, que raro, la puerta cerrada, no se molesta en llamar.

Como último recurso, Antonia, la vecina cuya casa hace esquina en el otro extremo de la calle.

El niño se las promete, muy a menudo hacen patatas fritas y huevos, una vez en la vivienda, sobre la mesa de la cocina, la única que está sentada es la abuela, el hijo y los nietos, todos de pie, cada uno con su cuchara en la mano se iban alternando para acercarse a la paila, meter cuchara y paso para atrás.

Antonio que se mete entre los hombres, mira a la mesa, una fuente de patatas y pescados, el caldo en la paila con una gran cantidad de pan formando el sopeado.

Antonia: Antonio, ¿quieres quedarte a comer?

Antonio: No, mi madre me va reñir.

Con la conversación la anciana se ha percatado de su presencia, mirándole por los cristales gruesos de sus gafas.

El efecto óptico hace que los ojos parezcan de un tamaño desorbitado, fija la mirada sobre Antonio, de carácter huraño, no hace muchos días, un atardecer, de un saco de tela extrajo una culebra gigantesca con pelos en el lomo, quien sabe para qué.

Muy aficionada a reñir a las chicas yeyés que venían a pasar las vacaciones al pueblo, con frases como “no te estires mas de las faldas que la tela no da más de sí”

Antonio pensaba que el mismísimo Satán le tenía miedo, la anciana levanto un dedo señalándole, el niño dio tres pasos hacia atrás sin perderle de vista, se giro y hecho a correr.

Ya en la calle y sin recursos, decide volver a casa, no sin antes echar un último vistazo en casa de María, viuda y muy creyente, Antonio sabe lo que va a ver, le da miedo pero..., la puerta entreabierta justo para que metiese la cabeza.

En penumbra solo con las luces de las velas, la estancia repleta de santos, los de mayor tamaño tienen la cabeza jalonada como de vello púbico, ojos encendidos, dispuestos en círculos concéntricos, mirando a la mesa, donde está comiendo María, sí, un plato de caldo.

María: Hola Antonio, ¿quieres comer?

Antonio: No, gracias ya he comido.

El niño resignado vuelve a casa, su madre sentada y con los brazos cruzados no muestra compasión, con un gesto de los ojos señala un plato de caldo....de pescado.

Escena 6

Juana mira a Antonio con cara de preocupación, el niño come poco y parece como asustado, coge una pequeña cesta de esparto picado, con paja acomoda unos huevos del corral, donde tiene las gallinas.

Con determinación coge un pañuelo, lo coloca en su cabeza y anuda sobre su cuello, le da la mano a su hijo y salen por la puerta.

El verano está en su máximo apogeo, con un calor sofocante y el sol en todo lo alto, el cielo azul cobalto, ni una sola nube.

Con paso decidido rebasan madre e hijo las casas de las vecinas, dejan a su derecha la tahona que hace esquina al final de la calle, mas adelante el ayuntamiento, frente a este la humilde plaza de abastos, pegada a esta, la vetusta casa de comidas de donde sale un fuerte olor a fritanga.

Ya a la altura de la glorieta, pasan cerca del palacete propiedad de los terratenientes del pueblo, los barrotes enormes de sus rejas están unidos por macoyas de plomo, la fachada es majestuosa, su estilo recuerda la mansión de un negrero.

Han dejado el dispensario a la derecha y el castillo a la izquierda, giran a la derecha por una calle con pendiente que desemboca en una rambla, un pequeño remolino de viento hace que un matojo se mueva como en las películas del oeste, el pueblo no tiene aceras y sin asfaltar, han cruzado la rambla y están en el barrio de pescadores.

Situada en primera línea, una hilera de humildes viviendas de pescadores, frente a estas la mar, el azul es pura armonía con el cielo, apenas se percibe la línea de horizonte.

Han llegado a su destino, la estampa aun siendo normal no deja de ser maravillosa, en un pollete de obra anexionado a la vivienda y aprovechando la minima sombra, una gitana rolliza de tez morena, ojos y pelo azabache esta amamantando a una niña de piel muy blanca y ojos azules, a su lado la madre.

Juana: Buenas tardes tengamos, ¿aprovechando la sombra?

Madre de la niña: Si Juana, se me ha retirado la leche y aquí Margarita hechandome una mano.

Juana: ¿Esta tu madre?

Madre de la niña: Si, pasa

Por entonces la niña, saciada juega con el pecho de Margarita, sus diminutos deditos hicieron presa sobre el pezón, Margarita hacia carantoñas y esta le contestaba con risas sonoras, la gitana rio y su dentadura era aun mas blanca que la cal con la que estaba remozada la fachada.

Juana cogió de la mano a Antonio, entraron en la vivienda, la estancia a la que se entraba era el salón-cocina, en la encimera un infiernillo, sobre el fogón un cazo de porcelana del que salen unas ramitas de manzanilla, el olor se esparcía por toda la habitación, en el centro una mesa, cerraba el perímetro cuatro sillas de anea.

En una de las sillas, sentada, con una jícara en su mano derecha y el brazo izquierdo extendido sobre la mesa se encontraba una señora de avanzada edad.

Juana: Muy buenas tia Enriqueta, ¿cómo se encuentra usted?

Los gestos y el tono de Juana hacia Enriqueta eran de sumo respeto y devoción.

Enriqueta: Aquí hija mia, tomando una manzanilla, tengo unas ardentías que no puedo vivir. Ya me diras que te trae por aquí, ¿tu Antonio?

Juana: Si, mi hijo no consiente en comer, lo veo muy asustado, y desde que volvió de casa de mi madre, lo noto muy raro.

Enriqueta deja la jícara en la mesa y acerca una de las sillas, Juana coloca la cesta sobre la mesa, se sienta, acoge a Antonio en su regazo, de tal forma que el niño queda entre las dos mujeres.

Enriqueta al igual que su nieta e hija tiene los ojos azules, sus ojos irradian tal fuerza que parece que quisieran salirse de sus cuencas, las facciones son de delgadez, los pomulos muy marcados, sienes y frente marcadas por arrugas.

Juana ha agachado la cabeza, Enriqueta posa su mano izquierda sobre la frente de Antonio, introduce la derecha en un bolsillo y saca un rosario, con los dedos pulgar e índice va pasando las cuentas, el niño entra en estado de relajación como del que se encuentra abatido y quiere dormir, la anciana con los ojos cerrados apenas mueve los labios, su expresion es amarga como la tuera, ve algo que no le gusta.

El tiempo se detiene, en la vivienda reina el silencio, la faz de Enriqueta se va transformando de amargura a preocupación, abre los ojos, apenas parpadea, ladea la cabeza sobre un hombro e introduce el rosario en su bolsillo.

Acaricia con ambas manos el rostro del niño que vuelve de su letargo, como en una sentencia se dirige a Juana.

Enriqueta: A tu hijo lo ha mirado una culebra de secano.

Ya en la calle, la niña ha pasado a los brazos de su madre, desnuda como su madre la trajo al mundo, duerme, quizás sueñe que una gitana le da el pecho.

Al igual que el cantaro vuelve a la cantarera, Margarita guardo su pecho, un cerco del liquido de la vida mancha el vestido a flores de la gitana, como si negase a ser escondido y quisiera seguir siendo repartido generosamente.

Juana: Que Dios te de salud para criarla.

Madre de la niña: Por lo pronto me ha mandado a Margarita.

Escena 7

En el umbral de la puerta se presenta un joven bien parecido.

Juana: Niñaaaaa, el jabegote esta aquí (con mucha sorna, llama Juana a su hija)

Novio: Buenas tardes tenga usted.

Juana, sin saludarle balancea la cabeza.

Juana: Estas entrando en una casa de gente honrada, ya me diras cuales son tus intenciones.

Antonio se ha acercado al lado de su madre, envalentonado con la presencia de esta, como si le hiciese falta ayuda, levanta la mano derecha y con el dedo índice, apunta al novio.

Antonio: Eso, ¿Cuáles son tus intenciones?

La carencia y el tono de voz de Antonio es similar al de su madre.

Novio: Ya sabe usted que quiero a su hija tanto como la respeto, mi compromiso es serio.

Juana: No, no lo se.

Antonio: No, no lo sabe (ha cruzado sus brazos y mira al novio de su hermana con gesto desafiante)

Hace acto de presencia la hija de Juana, la chica es morena, el cabello llega hasta donde la espalda pierde su honroso nombre, muy joven y de líneas proporcionadas.

Calmados los animos toman asiento los tres, el novio no a menos de un metro de la novia, Juana en el otro lado, Antonio permanece de pie frente a los novios, mirando y girando un poco la cabeza para oír mejor, el niño parece una comadreja.

Novia: Es muy bonita la postal que me has mandado de Fuengirola.

La madre ha cogido una revista de El Mensajero de San Antonio, como portada el santo con el niño en brazos, Juana tenía la revista al revés de forma que niño y santo estaban boca abajo, Antonio giro la revista, no entendía porque su madre estaba suscrita a la revista, no sabe leer.

Novio: Me alegro que te haya gustado, sabes bien que me acuerdo de ti.

Comentando estas palabras cometi6 la osadía de acercarse con un rápido movimiento, Juana que se había percatado, es presa de una molesta carraspera y tos fingida.

El novio, para no tensar la cuerda vuelve a su anterior posición, Antonio mide la distancia con dos zancadas.

Antonio: Así esta bien.

La conversación discurre con diálogos de motivos domesticos y de trabajo, no ha pasado mucho tiempo cuando al unisono novio y novia se levantan, la jugada coge desprevenida a Juana, con un rápido gesto coge a Antonio del brazo.

Juana: Corre, ¿a ver que le dice? ¿ y si se tocan?

Antonio con paso rápido va tras ellos, observa con terror que han salido al corral, si, donde están las gallinas, se ha parado, retrocede y encuentra la mirada de su madre.

Juana: No seas cobarde, creía que eras el hombre de la casa.

Antonio esta en la puerta del corral, con cara del que se va a enfrentar a mil demonios, coloca las manos en sus partes, alea iacta est.

Antonio sin perder de vista a las gallinas, y con el oído en la conversación de los novios.

El novio susurra al oído de la hermana:

Novio: ¿Por qué hace eso tu hermano?

Hermana: Me da pena, cuando tenía cuatro años le pico una gallina en el pito, les tiene pánico.

Antonio como no oía nada y el novio le decía algo a su hermana, esta sonreía, intolerable, se le estaba escapando la situación de las manos, presto y ligero pero sin apartar las manos de sus partes, le dio una patada al novio.

Antonio: Teneis que hablar mas fuerte, no me entero.

Escena 8

Juana ha vestido de paseo a Antonio, que con su hermana y el novio se disponen a salir, no sin antes....Juana mira desafiante al novio, y avisa a su hija.

Juana: El hombre fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla, ya sabes hija mia, no me des disgustos.

Antonio: Eso, llega y sopla.

El niño se ha puesto entre su hermana y el novio, cogiendo de la mano a los dos, de ninguna manera quería que llegase el diablo y soplase.

Camina el trio feliz, han llegado a la glorieta, en esta hay parejas que mira que coincidencia todas llevan acompañantes, han tomado la calle de la iglesia y en una pequeña tienda.....

Novio: Antonio, ¿quieres un helado de corte?

Antonio: Si, claro.

Novio: Pero ya sabes....

Antonio: Mientras dure el corte....

Ahora es su hermana la que va en medio, cogida de la mano del novio y Antonio ha claudicado, por un corte.

El paseo sigue y han llegado a las puertas del cine.

Novio: ¿Quieres ir al cine?

Antonio: Si, si yo me siento en medio.

Ya en la cola del cine, Antonio observa como una pandilla de niños de igual edad a la suya, no guardan la cola y entran sin pagar.

Antonio tira de la falda de su hermana.

Antonio: Los hijos de los guardia civiles no pagan la entrada y sus padres juegan con las mujeres.

Novio: ¿Qué dice tu hermano?

Hermana: Dice cosas muy raras.

Escena 9

Ya en casa y de noche, Juana ha abierto la puerta de la calle de par en par, ha extendido sobre el suelo una jarapa desgastada por el tiempo, se aprecia claramente los guiñapos que la conforman.

Sobre la jarapa un jergón, Juana daba violentas palmadas para repartir el relleno, sin duda perfolla de panocha, lo había colocado que llegaba hasta el peldaño de entrada a la vivienda, de tal forma conformaba la almohada, de esta guisa se preparaban a pasar la calurosa noche.

Juana: A dormir que mañana será otro día.

Antonio sabía que su madre dejaba la puerta del corral abierta para que hiciese corriente, no tenía porque temer, su madre guardaba a las gallinas en un pequeño cercado.

Madre e hija se han acostado de lado, Antonio en medio, con los ojos bien abiertos mirando a la calle, ¿que espera Antonio?, no ha transcurrido mucho tiempo cuando hace acto de presencia otro niño, portaba sobre una mano un cazo blanco con borde azul, lleno de desconchones, en la otra mano un trozo de caña, de las que crecen en los aledaños del cementerio.

El niño se ha parado a la altura donde yace la familia, muy cerca de Antonio, lo baña la luz mortecina de una farola, es enjuto, desgarbado, mal peinado, sucio, por calzado una sola sandalia, le falta una pata del bañador y sin camiseta.

Antonio: Mama ya esta aquí.

Juana: ¿Quién?, (sin abrir los ojos)

Antonio: Diego “El Coconero” (sonriendo)

Juana: Otra noche mas, parece que no tiene madre, ni perro que le ladre.

“ El Coconero” con toda la parsimonia del mundo se cocolo el cazo en la cabeza, el rabo de este hacia su nuca, levanto la pierna izquierda, he hizo el gesto como el que se sube a una moto, con ambas manos cogió la caña, si, como un manillar.

“El Coconero”: Torron, torrrrooon (con la boca)

Y salió disparado como alma que lleva el diablo, unos metros mas adelante tomo la curva, inclinándose de tal forma que desafiaba la ley de la gravedad.

Antonio sabe que su circuito era la manzana de viviendas, no tardaría en llegar, y asi fue una y otra vez, con su ronroneo bucal y siempre detrás de el una gran polvareda.

Como de alguna forma el motor eran sus piernas, y el cansancio hacia mella, se paro frente al jergón donde esta la familia, levanto la pierna como el que se baja de la moto, hincó rodilla en tierra, gesticulando como el que trabaja en un motor, las gotas de sudor en su frente deslizan hacia la barbilla, cuando se agolpaban muchas caen al suelo, después de llevar un buen rato “trabajando” dios sabe en que, aun se divisaba a lo largo de toda la calle la polvareda, era tal la cantidad que levantaba.

Juana: Y ahora, ¿Qué le pasa?

Antonio afino el oído, y de todo lo que mascullaba, algo entendió.

Antonio: Algo sobre que la bujía de la Rieju, le hace perla.

Juana: Lo único que le hace falta es un tanque de gasolina, en la espalda.

Antonio observaba como en el tejemaneje, el rabo del cazo sobre la espalda lo hacia bajar y subir, como el tricornio.

Con visos del que ha arreglado la averia, el niño monto sobre su moto virtual, no sin antes mantener la mirada con Antonio, la suma de la luz de la farola y la luna llena hicieron ver el rostro del niño, era de tal parecido físico y en edad con Antonio, que parecían dos gotas de agua.

Con nuevos bríos después del descanso reanudo su marcha, ronroneo y polvareda.

Juana: Duerme ya, tu hermana trabaja mañana, deja a ese que le falta toda la tornillería de una ferretería.

Antonio, sabiendo como su madre las gastaba se puso de lado y la abrazo, al poco tiempo sobre su hombro puso la hermana el brazo, muy cansado cerro los ojos, en la mas lejana lontananza se oia la ¿moto?

Quizás Antonio soñase con su abuela, después de todo se enteraba de algo, un tricornio que se movía verticalmente, con epicentro en la tierra, la vecina Ana, a quien hacia chantaje emocional, santos que coronaban la testa con vello púbico, Margarita, la gitana con generosos pechos, daba de mamar a un ángel ajeno, la tía Enriqueta en su lucha contra el mal, las riñas de su madre al novio de la hermana, gallina asesinas, obsesionadas con su pito, el jodido diablo que sopla, la manía de su madre con poner la revista al revés, quizás el cansancio de ser el hombre de la casa.....una fresca brisa proveniente del corral hizo que los tres cuerpos se agrupasen.

Verano del 68, cuando medio mundo al unísono aclamaba “se realista pide lo imposible”, Antonio no pedía nada, lo tenía todo.

Como es costumbre y a una hora muy tardía, el ayuntamiento apaga el alumbrado, esto se acaba.....alto, un momento, se oye un golpe seco y el rodar de un cazo, y un niño jurando en arameo.

“El Coconero”: Mierda de ayuntamiento, todas las noches hace lo mismo, me apaga las luces del circuito.

FIN